

SARTRE: ✓ **¿el último humanista?**

**Francisco
Miró Quesada**

Ahora que Sartre ha muerto, el mundo ha vuelto a interesarse por él. No es que, en los medios auténticamente filosóficos, se le hubiera olvidado. Siempre se le estudió y se consideró que en su obra pueden encontrarse aportes de va-

lor permanente. Pero la moda había pasado por completo. En la década que va del 45 al 55, Sartre, junto con Bertrand Russell, era el filósofo más popular en Europa continental y en América Latina. Muchísima gente había leído sus novelas y había visto (o, también, leído), su teatro. Y sus obras filosóficas se estudiaban en los medios especializados, a fondo. Pero desde hace unos años ya casi nadie lee su obra literaria y, desde el punto de vista filosófico, existe la tendencia a negarlo. Desde luego, esta tendencia no ha anulado su valor ni ha hecho que se le deje de estudiar. Pero ha ganado un buen número de adeptos, sobre todo en Francia y en algunos medios latinoamericanos.

La negación viene del estructuralismo, la nueva moda de los últimos diez años que comienza ya, a declinar un poco, pero que aún sigue teniendo fuerte impacto. Según pensadores como Foucault, Lacan, Barthes, y otros, lo fundamental en la vida humana no es el individuo sino la estructura social. El individuo no es sino un elemento de la estructura que es más que la suma de los individuos que la integran, que tiene sus leyes propias, sus dinamismos supra individuales. La personalidad del individuo consta de dos integrantes: la que depende de los detalles de la vida propia y la que depende de la estructura social en la que se desarrolla dicha vida. Pero el verdadero determinante es la estructura social. Las personalidades pueden variar de acuerdo a la diferencia de detalles, en la infancia por ejemplo, pero es sólo la interiorización de la estructura social lo que imprime su sello definitivo al comportamiento individual.

Pero no sólo esto. El individuo puede tener la sensación de que es libre, de que elige su destino. Mas todo lo que hace está predeterminado, porque la estructura social impone un cauce ineludible a su conducta. Esto se ve con toda claridad cuando se estudian las estructuras sociales de las sociedades primitivas. En estas sociedades simples, el individuo jamás puede salirse del cauce demarcado por la estructura. Si intenta salirse, la dinámica estructural lo vuelve a introducir y si resiste mucho, lo elimina. La estructura es como una ameba gigante que se traga y digiere todo lo que encuentra a su paso.

En las sociedades complejas como la nuestra, los cauces conductuales impuestos por la dinámica de la estructura, no se perciben con claridad porque, debido a su misma complejidad, no hay una sola estructura sino muchísimas cuyos dinamos interfiere entre sí, conformando una superestructura que funciona como una resultante de fuerzas. Y en este gigantismo se pierde a veces, el hilo de unidad. Sin embargo, los modernos estudios sobre la sociedad industrial tanto en el mundo capitalista como en el socialista, muestran que esta resultante superestructural es la sofocante estructura del mundo tecnológico, estructura que está conduciéndonos hacia una serie de direcciones que nunca imaginamos y que, ahora, no podemos controlar.

Basándose en estas consideraciones, los estructuralistas sostienen que el sujeto de la historia no es el individuo, como creyó Sartre, sino la estructura. Son las estructuras las que hacen la historia no las personas. El individuo, el hom-

bre libre comprometido con un proyecto existencial, tal como lo veía Sartre, no existe, es una mera abstracción. Sólo existen individuos que se comportan siguiendo las leyes impuestas por la estructura. Por eso el humanismo ha muerto, el hombre libre, dueño de sus decisiones, sujeto de la historia, se ha evaporado. Sartre ha sido el último gran filósofo que ha interpretado la historia y la sociedad de esta manera. Pero todo lo que dijo resulta, hoy día, a la luz del estructuralismo, trasnochado.

¿Hasta dónde podemos aceptar este juicio? Nos parece que es totalmente exagerado y que quienes lo sostienen no conocen bien a Sartre y tampoco tienen una noción de lo que es una estructura social.

No conocen bien a Sartre porque si alguien se ocupó de las estructuras sociales fue, precisamente, Sartre. Es cierto que en su primera etapa filosófica, la de "Ser y la Nada" Sartre insiste en el individuo. Y no puede negarse que gracias a su concepción del ser individual como una libertad que se constituye entre la facticidad y el ser para el otro, se llega a una visión iluminadora del individuo. La concepción de Sartre permite, desde esta perspectiva, tener una profunda comprensión del comportamiento personal. Pero no la agota. Mas, el hecho de no agotarla no significa que la comprensión obtenida no sea válida. Por ejemplo, es cierto que sin una concepción estructural no puede comprenderse el comportamiento del individuo en las revoluciones sociales; pero la teoría de Sartre permite comprender, por ejemplo, fenómenos tan desconcertantes como el asco, y ciertos aspectos del erotis-

mo como el sadismo y el masoquismo.

Para obtener una comprensión cabal del ser del hombre, Sartre supera la etapa individualista de sus primeros tiempos y comienza a estudiar la relación entre el individuo y las estructuras sociales. Es la segunda etapa de su pensamiento filosófico, cuando escribe ese mamotreto impresionante que se titula "Crítica de la Razón Dialéctica". Utilizando esquemas marxistas de un lado, y conceptos nuevos, productos de su genio creador, Sartre hace un análisis extraordinario de la manera cómo el individuo, para hacer frente la realidad de la escasez económica, se agrupa y forma conjuntos estrechamente unidos por un proyecto común. Muestra cómo todo grupo tiende a estereotiparse, a constituirse en estructura inerte, que sigue su propia ley, impone su dinámica al individuo y encuentra, a la postre, la reacción de los propios individuos que intentan romper la inercia para recuperar su libertad en la armonía de los fines individuales y los fines del grupo.

El análisis que hace Sartre de esta dialéctica, que se desarrolla entre la acción del individuo y la del grupo, es notable. En nuestro concepto, aunque en algunos puntos es algo desordenado y requiere de mayor precisión, es lo más profundo que se ha hecho hasta el momento. Comparado con el análisis sartriano, el análisis de estructuralistas como Foucault (por ejem., en *Las palabras y las cosas*), Althusser (*Para Leer el Capital*) o Barthes (en sus ensayos de crítica literaria), etc, no pasa de ser un intento superficial, pleno de dogmatismo y de unilateralidad.

¿Cómo puede decirse, en efecto, que el sujeto de la historia es la estructura y no el individuo? (1). Nadie niega que sin la estructura no se comprende la historia. Pero lo que no parecen ver los estructuralistas es que, sin el individuo, no se comprende la estructura. La estructura sin el individuo, es decir, la estructura como lo esencial y el individuo como el mero elemento que se relaciona en ella, es una hipótesis que no se atrevió a hacer ni siquiera Hegel. Porque, ¿cómo puede funcionar una estructura, cómo puede tener un dinamismo característico, con leyes propias, si no es el resultado de la acción de los individuos?. Este problema que, parece haber pasado totalmente desapercibido a los estructuralistas, es, precisamente, el que trata de resolver Sartre. Y, en nuestra opinión, lo hace con éxito, a pesar de que hay, como es inevitable, muchas dificultades y lagunas teóricas en sus planteamientos. Pero por lo menos se abre la posibilidad de comprensión. Y, desde su perspectiva, se ve la historia como lo que realmente es: como la lucha de los individuos por su libertad, en contra del peso asfixiante de las estructuras. Sólo así tiene sentido la historia. La historia es la historia de los hombres no de los panales de abejas o de los hormigueros.

(1) ALTHUSSER no lo dice (los otros sí). Pero se pierde por completo cuando intenta comprender el significado del individuo dentro de la estructura social. No parece darse cuenta de la dialéctica libertad-inercia que es, precisamente, el aporte genial de Sartre.



Cantiga

Sobre un tema de
Alfonso X "el sabio"

Continua voz de monodía Agua entre las hojas claro desliz de gota
la sombra en el sol Continua voz de monodía Otra voz sobre el
cuerpo se rompen los cristales tenues en el silencio como el agua
que sube y crece Continua voz de monodía El sol se inflama en los
cerros bota luz luz húmeda sobre el reseco sol fresco Continua
voz de monodía El cántaro es un espejo quieto como el mar inmóvil
de los ojos Continua voz de monodía Frescos ecos ecos frescos
golpeando el ritmo del viento en el centro del viento y ecos
Continua voz de monodía El reposo se enciende golpeando el inicio del
tiempo cargando en el tiempo la luz del reposo Continua voz de
monodía Se esconden las palmas sones repetitivos en el pecho pedazos
de cuerpos en el agua buscando otras aguas Continua voz de monodía
La respiración reverbera la gota en el canto vuelto canto en las manos
cantando las gotas Continua voz de monodía Ha caído la reliquia caída
de un cristal que tiembla y tiembla como agua incendiando el cuerpo y
gotas que tiemblan Continua voz de monodía El viento sobre el sol de
agua es sol de cristal bajo el cuerpo huyendo y callando los ojos del
viento Continua voz de monodía El silencio se ha vuelto un cerezo
desnudo en los copos del tiempo Continua voz de monodía Silencio en
el centro silencio en los ojos del cuerpo en el cuerpo silbando el
silencio que cae que muere que brota que sube que baja que
gime que rompe que zumba que vuela que cae Continua voz de
monodía El espacio detiene el lento y largo quebradizo de la voz
sombras y sombras ocultando el sereno silencioso múltiple irreal tiempo
cautivo de láminas en los cuerpos de agua ocultando en sus bordes
el sol de otras aguas Continua voz de monodía